



Capítulo 551: El Clan Lucifer tiene un territorio.

El sol salió perezosamente sobre el territorio de Agares. Los primeros rayos de luz corrieron a través de las ventanas renovadas de la mansión, filtrándose a través de las cortinas y creando patrones rojizos en el piso de mármol pulido. No había sonidos de batalla, ni ecos de monstruos, ni tensión asfixiante en el aire. Por primera vez en mucho tiempo, era un día normal.

Vergil se despertó lentamente, sintiendo el cálido peso de un delicado brazo sobre su pecho. Abrió los ojos y vio a Katharina acurrucada a su lado, profundamente dormida, con su cabello rojo extendido sobre la almohada como llamas.

Una pequeña sonrisa se le escapó de los labios —raro, pero genuino.

Él se estiró, tratando de moverse sin despertarla, pero fracasó miserablemente cuando ella murmuró algo somnoliento.

"Um... ¿ya te estás levantando?" preguntó roncamente, todavía medio dormido.

"Alguien tiene que asegurarse de que la casa siga en pie", respondió Vergil sarcásticamente.

Katharina sólo abrió un ojo y lo miró perezosamente. "La casa está en pie. Viviane lo reconstruyó mejor que antes. Puedes dormir un poco más."





Él simplemente se rió suavemente y se puso de pie. En el pasillo ya flotaba el olor a pan fresco y té. No fue una sorpresa encontrar a Viviane en la cocina, ya con un delantal y el pelo castaño atado en un moño desordenado.

"Buenos días, maestro," saludó sonriendo, con su emoción inequívocamente oculta.

"¿Nunca descansas?" Virgilio arqueó una ceja.

"El descanso es para los que no tienen nada que hacer", respondió ella, revolviendo una sartén. "Y me gusta cuidarte."

Se apoyó contra la puerta, observándola con esa mirada que mezclaba aprobación y provocación.

"Si fuera por ti, nadie en esta casa recordaría cómo cocinar."

Viviane simplemente se rió y colocó hogazas de pan aún calientes sobre la mesa. Pronto, uno por uno, aparecieron los demás. Roxanne apareció primero, quejándose del ruido de ollas y sartenes. Ada la siguió, impecable como siempre, aunque sus ojos delataban que había dormido poco. Stella le siguió de cerca, discutiendo ya con Roxanne por razones que nadie entendía.

Rafaelina parecía seria, pero rara vez mostraba suavidad en los ojos. Sepphirothy entró en silencio, siempre misteriosa, pero sus ojos vagaban por la cocina como si contemplara cada detalle. Zafiro fue el último, su aura demoníaca contrastaba con la atmósfera doméstica, pero aun así tomó asiento en la mesa, como si fuera el lugar más natural del mundo.

El desayuno estuvo animado. Roxanne y Stella discutieron sobre quién se comería el último trozo de pastel; Ada suspiró, diciendo que era infantil;





Rafaeline intentó mediar sin éxito; Sapphire se rió en voz baja ante la conmoción; y Sepphirothy observó todo con un silencio casi divertido.

Finalmente apareció Katharina, todavía arreglándose el pelo, y se sentó junto a Vergil, que ya estaba tomando su café.

"Pareces una familia normal", comentó sarcásticamente.

"¿No lo somos?" Roxanne respondió con la boca llena, ignorando todas las nociones de etiqueta.

"Una familia normal no te aceptaría como padre", replicó Ada.

Virgilio sonrió, satisfecho con la provocación. "Y, sin embargo, aquí estáis todos."

El ambiente alegre continuó durante el resto de la mañana. Después de la comida, Vergil les sugirió que disfrutaran del día libre. No hubo entrenamiento, batallas ni reuniones. Sólo... descansa.

Katharina quería llevarlo al jardín recientemente renovado, donde flores coloridas bordeaban los parterres cuidadosamente cuidados. Habló con orgullo de cada detalle de la organización y Vergil, a pesar de no estar particularmente interesada en la botánica, escuchó pacientemente. Para él, ver el brillo en sus ojos era suficiente.

Mientras tanto, Roxanne y Stella decidieron resolver sus diferencias en un "partido amistoso" en el patio. Virgilio observó desde lejos, observando a los dos enfrentarse con espadas de práctica. El duelo rápidamente dejó de ser amistoso y se convirtió en una verdadera batalla de egos. Al final, ambos estaban sudorosos, riendo y quejándose, pero satisfechos.





Viviane, por su parte, insistió en mostrar los nuevos detalles de la mansión. Condujo a Virgilio a través de los pasillos redecorados, señalando cada mueble elegido, cada tapiz colgante. Había orgullo por su voz, pero también deseo de ser reconocida. Virgilio, sintiendo esto, no escatimó elogios.

"Has transformado este lugar en algo digno de nosotros", dijo, con la mano apoyada brevemente sobre la de ella. Viviane se sonrojó inmediatamente y su corazón se aceleró.

Ada pasó la mayor parte del día en la biblioteca, inmersa en libros antiguos. Virgilio la encontró en silencio, rodeada de pilas de pergamino.

"¿Eres incapaz de relajarte?" él se burló.

"Me relajo leyendo", respondió ella sin levantar la vista. "Alguien en esta casa necesita mantener su cerebro funcionando."



Él se rió suavemente y la dejó sola.

Raphaeline aprovechó el día para entrenar sola, pero no fue un entrenamiento extenuante —solo movimientos elegantes, casi como una danza de espadas. Virgilio observó desde la distancia, apreciando su disciplina.

Zafiro, por el contrario, pasó la tarde acostado.

Bueno... Al menos no lo sabrían...

Hace unas horas...



"Hola", dijo Sepphirothy con su calma habitual, sus ojos helados deambulando sobre las figuras que tenía ante sí: Paimon, Astaroth, Amon y Phenex.

La habitación donde se encontraban estaba sumida en una solemne oscuridad, y sólo las llamas azules de los candelabros iluminaban las paredes de piedra. No era frecuente que apareciera ante los cuatro líderes demoníacos. Habían pasado meses —nueve, para ser exactos— desde la última vez que intercambió palabras con ellos. Aún así, su desaparición no pareció haberla afectado. Sus propios planes continuaron al mismo ritmo, implacables.

Astaroth fue el primero en romper el silencio. Su sonrisa estaba plagada de sarcasmo, pero sus ojos no ocultaban su curiosidad.

"Desapareciste, ¿eh?" comentó, apoyando la barbilla sobre la mano. "No me digas que decidiste... tomarte unas vacaciones."

Sepphirothy sonrió levemente, una sonrisa fría que no llegó a sus ojos.

"Si quieres llamarlo así... estuve en el Bosque del Apocalipsis."

Las palabras cayeron con fuerza, como piedras arrojadas a un lago. Los cuatro intercambiaron miradas inmediatamente. Ninguno de ellos interrumpió, esperando que ella revelara más.

Ella no les hizo esperar mucho.

"No tiene sentido andarse con rodeos." Su voz era firme, como el golpe de un martillo. "Solo debes saber que... el territorio de mi hijo se ha estabilizado."

El impacto fue inmediato.





La silla de Amón se raspó con un estruendo cuando se levantó de repente. Sus ojos ardían y se cerraban con los de ella con intensidad.

"¿Él... logró romper esa matriz?!"

El silencio en la habitación parecía vibrar de incredulidad.

Sepphirothy simplemente inclinó la barbilla, confirmando con un simple gesto de asentimiento.

Entonces, como si se hubiera desatado una ola de poder, su aura se desbordó. No era una energía demoníaca común y corriente— tenía un peso divino, una sombra de algo que trascendía la simple jerarquía infernal. El aire se volvió espeso, asfixiante, obligando incluso a Paimon y Phenex a sentarse más rectos.

"El Bosque..." dijo, cada palabra cargada de autoridad, "pertenece al Clan Lucifer."

Sus ojos brillaban, tan afilados como cuchillas.

"Si alguno de vosotros se atreve a tocar ese territorio... no será intriga, no será contienda." Hizo una pausa, dejando que el silencio generara tensión. "Será guerra."

